

DENTRO Y FUERA DE LA HISTORIA DE ESPAÑA.

ENTREVISTA A JOSÉ ÁLVAREZ JUNCO

Javier Moreno Luzón



P. Para comenzar, quería preguntarte por tu formación y por el surgimiento de tu vocación de historiador. Estudiaste Derecho y también Ciencias Políticas y Económicas en Madrid, en la entonces Universidad Central. Me gustaría que describieras tus estudios en aquella época y cómo se fue decantando, a través de ellos, el objetivo de ser historiador.

R. La verdad es que mi vocación por la historia no se desarrolló hasta más tarde. A mí siempre me habían gustado los temas históricos, pero sin ningún estudio especial. En la Facultad de Derecho me atrajeron asignaturas como Historia del Derecho, Filosofía del Derecho y las que tenían que ver con el Derecho Público. El Derecho Privado, como el Civil o el Mercantil, quizás más estrictamente jurídico, nunca fue santo de mi devoción. Y, ya en la Facultad de Políticas, me encontré con que las asignaturas más interesantes eran las dos de historia (historia de la filosofía política, realmente), que además eran el eje de la carrera: la Historia de las Ideas Políticas y la Historia del Pensamiento

Político Español, que impartían Luis Díez del Corral y José Antonio Maravall.

P. ¿Cómo te influyeron esos profesores?, ¿cómo eran las clases de Díez del Corral y de Maravall?, ¿qué las diferenciaba de las otras?

R. No es fácil de decir. Los dos tenían un cierto carisma, pero no es que sus clases se diferenciaron mucho de las demás, pues eran académicas, tradicionales, en las que el profesor hablaba desde el primer minuto hasta el último, y nadie osaba interrumpirle. Díez del Corral era un hombre muy alto y elegante, que hablaba muy bien, con una voz profunda, espléndida, haciendo siempre unas referencias culturales brillantes. Maravall era más bien lo contrario, de aspecto frágil y envejecido, y hablaba de una manera más aburrida, con una voz no demasiado imponente, leyendo fichas con citas que avalaban la tesis que acababa de defender: podía leer cinco o diez citas en favor de lo que había sostenido. Sus clases eran menos atractivas, quizás, pero muy sólidas, muy bien construidas. De él se aprendía trabajo, más que brillantez. Lo que ambos tenían en común era una racionalidad, un respeto a la cultura, que se separaba mucho de esa especie de pasión violenta y viril que había sido santo y seña del falangismo. Ni tenían que ver con eso ni con el memorismo y el tecnicismo que dominaban en la Facultad de Derecho, donde, para mi gusto, no había ninguna personalidad de atractivo comparable al suyo.

P. ¿Y eso fue lo que te orientó hacia el campo de la historia?

R. Sí. A mí me interesaba la filosofía política, en definitiva, y dentro de ella acabé centrándome en un tema histórico. Tras terminar las carreras de Derecho y de Políticas, salí de España en el 65 y pasé en Inglaterra un año crucial en muchos sentidos. Uno de los primeros libros que leí allí, quizás el primero que leí en inglés, fue *El laberinto español*, de Gerald Brenan. Y en él descubrí algo que nadie me había dicho en ninguna de esas dos carreras: que en España había habido un movimiento anarquista muy importante. Me fascinó el tema, empecé a leer sobre él y cuando volví a España le dije a Maravall que quería hacer mi tesis doctoral sobre el anarquismo español. Cosa que apoyó, tengo que decir, con entusiasmo, mientras que a Díez del Corral no le gustó mucho. Es significativa la diferencia de estilo entre los dos. Maravall se interesaba por la historia social, mientras que Díez del Corral me dijo algo –y no lo anoto como crítica sino para entender aquella época– muy propio de un liberal elitista como él: «No pierda usted el tiempo leyendo a autores de tercera categoría; uno siempre debería dialogar con autores de primera». Tenía razón, los anarquistas no eran pensadores de gran altura, pero desde el punto de vista de la historia social eran muy importantes. Tampoco tenía yo inicialmente la intención de remontarme al siglo XIX. Mi idea inicial fue centrarme en la República y la Guerra Civil, pero empecé por los antecedentes y me acabé quedando en ellos. Como, además, en los textos que yo leía había referencias a Cánovas, Sagasta, Maura o Lerroux, y yo no sabía muy bien quiénes eran, tuve que informarme. Todo eso me fue orientando hacia la historia. Más aun cuando, al terminar la tesis, Maravall, que se había convertido en mi valedor –a Díez del Corral le iba interesando cada vez menos mi trabajo–, me encargó, como director del departamento, la asignatura de Historia de los Movimientos Sociales.

P. ¿Y cómo te influyó tu paso por Estados Unidos en los años sesenta?

R. El paso por los Estados Unidos fue crucial, desde luego. El choque cultural había sido mayor en Inglaterra, dos años antes, aunque allí no había ido para integrarme en ninguna universidad ni para hacer estudios universitarios, sino con una beca para enseñar español en colegios –enseñábamos cuatro días a la semana y un día nos daban clase en la universidad, de inglés básicamente–. Pero la distancia entre la España de Franco y la Inglaterra de los años sesenta era descomunal, en las relaciones humanas, en el civismo que reinaba en aquella sociedad, que a mí me impactó mucho. La California del año 68 era también diferente, pero, aunque parezca raro, no tanto, porque en definitiva la protesta estudiantil ya se había extendido por España, y ese ambiente revolucionario –el de unos reductos que se creían ajenos a la sociedad, al capitalismo y al autoritarismo, y en los que, aparte de soñar con la revolución, se practicaba lo que se llamaba el «ludismo», algo que se parecía remotamente al amor libre con marihuana y algún LSD– no era tan radicalmente distinto en California y en España en ese momento. Lo que, en cambio, me impresionó mucho fue el mundo académico. Ante todo, las bibliotecas, algo que no he dejado y no dejaré de admirar. Parece mentira que en la España actual una universidad no gire alrededor de la biblioteca, que es su centro natural. Aquellas espléndidas bibliotecas, con fondos inagotables y libre acceso a los libros, son la base de la cultura académica, que enseña a los estudiantes a buscar información sobre un tema, a enfrentarse con él. En segundo lugar, la relación con los profesores, una relación muy poco jerárquica y autoritaria en comparación, no ya con los profesores españoles de Derecho –que desde luego eran mucho más autoritarios y jerárquicos, y lo siguen siendo– sino incluso con los de Políticas, que en teoría lo eran menos. Yo no podía soñar con que Maravall o Díez del Corral pidieran mi opinión sobre uno de los artículos que estaban escribiendo. Al poco tiempo de llegar a California, en cambio, estando un

día en la biblioteca se me acercó uno de mis profesores, me dijo que estaba escribiendo un artículo y me pidió que lo leyera y le diese mi opinión (quizás porque tenía alguna referencia a España). Me atreví a hacerle alguna pequeña observación, sin esperanza de que me hiciera caso, y delante de mí rectificó su frase porque, según me dijo, yo tenía razón. Era una escena que no se podía ni soñar en España. Otro hecho que me impresionó fue que los exámenes se devolvían corregidos a los estudiantes, cosa que yo nunca había visto. Cuando volví de California, y siendo ayudante de cátedra, comprendí que corregir exámenes y suspender a la gente era ejercer la autoridad, lo cual suponía una contradicción con mi filioanarquismo de aquella época. Decidí que, desde luego, iba a suspender a los malos, porque no había razones para no mandarles al mercado de trabajo en condiciones de superioridad sobre otros si no demostraban interés ni capacitación, pero que les iba a explicar por qué, les iba a convencer de que merecían ser suspendidos; para lo cual les devolvía sus exámenes llenos de observaciones mías escritas en el margen; nada especialmente revolucionario, porque lo había visto como práctica normal en la universidad americana. Es muy sintomático que Díez del Corral —y de nuevo lo digo con todo el cariño, es un personaje al que recuerdo con gran afecto y tengo mucho que agradecer— me llamara aparte y me dijese: «Álvarez, he oído que está usted devolviendo los exámenes corregidos; hmm... no debería hacer eso». Me lo dijo sin ningún autoritarismo, como él decía las cosas, como sugiriéndome algo o pidiéndome un favor. Y añadió, como explicación: «la autoridad... conviene que se rodee de un halo de misterio». He comprendido después que, en efecto, es típico de la autoridad rodearse de un halo de misterio. Era justamente lo que yo creía que no debía ocurrir: porque, para que la autoridad fuera aceptable, debía ser transparente, justificar sus decisiones. Había cierta ingenuidad por mi parte en eso, pero no dejo de creerlo cierto hoy; quizás con más matices,

y de forma menos radical, pero la democracia exige un grado razonable de transparencia. Es decir, que California me influyó en muchas cosas. Me tocó además vivir, a lo largo del curso 68-69, una situación de huelgas y enfrentamientos casi constantes, algunos de ellos históricos. Pero, más que la coyuntura, más que aquel ambiente revolucionario, lo que me influyó fue el mundo académico norteamericano: las bibliotecas, los exámenes corregidos, la relación con los profesores.

P. *Si te parece, a partir de ahora repasaremos los grandes temas que conforman tu obra historiográfica. En primer lugar, llama la atención que hayas escrito básicamente tres grandes libros: La ideología política del anarquismo español, 1868-1910 (1976), El Emperador del Paralelo. Lerroux y la demagogia populista (1990) y Mater Dolorosa. La idea de España en el siglo XIX (2001). Entre ellos han pasado muchos años, da la impresión de que son investigaciones pensadas, depuradas y desarrolladas muy a largo plazo, contra lo que suelen hacer otros historiadores. ¿Es una estrategia deliberada por tu parte, o ha ido saliendo de forma espontánea?*

R. Ha ido saliendo de forma espontánea, pero creo que tiene coherencia. Los tres libros son formalmente muy parecidos, cada uno tiene detrás unos diez años de trabajo y se alarga hasta algo más de seiscientas páginas. El del anarquismo cubrió los años 66 al 76, el de Lerroux del 80 al 90 —en el periodo 76-80 hice oposiciones y nació mi hijo, con lo que no me dediqué demasiado a la investigación—, y el del nacionalismo del 91 al 2001. Naturalmente, no sólo el tema, sino también el enfoque, fue cambiando. El primero es un libro muy clásico, de historia de las ideas. Leí todo lo que encontré sobre el anarquismo español, pero tuve que acortar el periodo previsto y poner la fecha final en 1910 porque había visto ya varios centenares de publicaciones periódicas y otros tantos folletos y libros y no podía acumular más. Tomaba notas y elaboraba fichas, muy al estilo de Maravall, clasificadas por temas,

y luego cada tema lo recogía en un capítulo ordenado de manera coherente, intentando entender así la postura de los anarquistas sobre el asunto. Una técnica bastante cartesiana, muy lógica, pero poco imaginativa. El de Lerroux creo que es un libro más creativo. Me dominó la preocupación por aquellos aspectos que no funcionaban en la historia clásica del movimiento obrero y me fui a los márgenes. Si los anarquistas constituían ya un fenómeno en algún sentido marginal, Lerroux lo era en mucho mayor grado: en aquella fase de su vida pasó por ser un líder obrero —dio el discurso de clausura en la Asamblea de la Federación de Sociedades Obreras de 1900— y, sin embargo, era un político autoritario, nacionalista, machista, demagogo, corrupto. Pero tenía seguidores, y seguidores dispuestos a morir por él. Como me interesaba descubrir las claves del atractivo del político, me centré en el análisis del caudillaje o de su retórica, cosas que había dejado completamente de lado en el estudio sobre el anarquismo. Y eso me llevó al nacionalismo, que me pareció, en definitiva, la preocupación dominante en la España del 98. Y que, de otra manera, seguía siéndolo a finales del siglo XX, en la España en que yo escribía. Lo que aumentaba su interés.

P. *Por seguir ese mismo orden cronológico, en La ideología política del anarquismo español hablabas de historia de las ideas, pero también de historiar una mentalidad colectiva. Aquello iba contra la historia «científica» que habían practicado desde los historiadores de la escuela de Annales hasta los marxistas, ¿no?*

R. La historia de las mentalidades también fue una creación de los *Annales*, en una de sus fases. Lo que pasaba es que el significado del término «mentalidades» nunca acabó de estar claro. Se trataba, al parecer, de filosofía política, pero no emanada de la mente de un gran pensador —como se había supuesto siempre en la historia de las ideas políticas— sino asumida colectivamente por un movimiento social o una época histórica, por lo que no se plasmaba

en un gran libro sino en múltiples publicaciones homogéneas, pequeñas, baratas, muy difundidas. No estoy seguro de que mi libro fuera un estudio de mentalidades, a pesar de que lo presentara como tal; era más bien un estudio de historia del pensamiento político, aunque, repito, no alrededor de un gran pensador, sino de muchos pequeños, buscando su esquema mental subyacente, común a todos ellos.

P. *¿Y cómo conjugaste la militancia o la simpatía por el movimiento anarquista con su estudio?*

R. Es que no era militancia, sino simpatía, y una simpatía muy teórica, además. Yo nunca formé parte de ningún grupo. Como siempre en mi vida, la verdad, porque nunca he participado en política práctica ni he militado en partido alguno. Por eso no era difícil de conjugar.

P. *Hay un momento en tu trayectoria, y en la de otros historiadores como Manuel Pérez Ledesma, que supone una contestación a la historia del movimiento obrero que se hacía en España, y que tuvo especial importancia. Es el que marca vuestro artículo «Historia del movimiento obrero: ¿una segunda ruptura?», publicado en 1982. Me gustaría que comentaras su significado.*

R. En 1976, cuando terminé de reelaborar mi tesis para publicarla —lo que me llevó casi dos años, aparte de los que había dedicado a escribirla—, empecé a dar un seminario de doctorado sobre «Historia del movimiento obrero», título típico de ese momento. Partió de mi libro sobre el anarquismo, pero en él trabajamos también sobre los socialistas, el sindicalismo católico y las agitaciones agrarias. Los asistentes de cada año se sumaban a los del año anterior que querían permanecer, y así se fue formando un núcleo en el que discutimos sobre historia de los movimientos obreros —o del movimiento obrero, como se decía, en singular, porque se daba por supuesto que movimiento obrero de verdad sólo había uno, el correcto, y todo lo demás eran desviaciones—. Había cosas poco claras, como por ejemplo esa misma idea de «desviacio-

nes». Casi todo eran desviaciones. ¿Por qué había tantas?, ¿por qué había tantos obreros reformistas, o anticlericales, y no eran todos revolucionarios correctos, guiados por sus intereses objetivos, como la teoría suponía que tenían que ser?, ¿por qué había anarquistas, por qué tenía Lerroux tantos seguidores, y por qué otros obreros eran católicos? Me interesaban, como creo que deben interesar a todo intelectual, no los elementos que confirmaban la teoría sino los que la cuestionaban. Y había demasiados. Como lo discutimos bastante en el seminario, di por supuesto que otros estaban evolucionando como yo. Alrededor de 1980 se celebraron en Valencia un par de encuentros de historiadores del movimiento obrero, de los que acabaría saliendo la revista *Historia Social*. Y al debatir estos temas, me encontré en una soledad que me sorprendió. El único que se hacía eco de lo que yo decía, y que incluso se lanzaba a posiciones mucho más arriesgadas, y desde luego más inteligentes, era Manolo Pérez Ledesma. En alguno de esos encuentros hubo mucha tensión. En definitiva, se nos acusaba de traidores. De mí se sospechaba, entre otras razones, por haber estado en Estados Unidos y haber tenido una beca del Comité Conjunto Hispano-Norteamericano. Efectivamente, yo, que había reunido mientras hacía mi tesis una amplia colección de periódicos anarquistas microfilmados y no tenía ni siquiera un lector de microfilm en la facultad, pedí una beca a ese Comité —en el pacto entre Franco y Eisenhower se preveía, supongo, un 98 ó 99% de ayuda militar y un 1 ó 2% de ayuda cultural—. Sin ninguna esperanza, dados mis prejuicios izquierdistas y el contenido de la prensa que íbamos a leer con la máquina para la que les pedíamos la ayuda. Y me la dieron. Una vez más, los americanos me sorprendían. A raíz de aquello, alguien empezó a decir que yo defendía esas posiciones revisionistas respecto a la historia del movimiento obrero porque estaba pagado por los americanos. En fin, no eran sólo medios muy pobres intelectualmente; también había cierta mala voluntad.

Pues bien, después de una de esas reuniones, volviendo en el avión, Pérez Ledesma y yo nos dijimos: «Esto no puede quedar así; hay que escribirlo». Y nos salió aquel artículo, que fue una especie de manifiesto de ruptura con nuestra generación. En algunos casos nos llevó a verdaderas rupturas personales, con amigos. Y ello pese a que, aunque pensamos en citar a algunos de ellos, finalmente tuvimos la delicadeza de no mencionar nombres. Salvo el de Tuñón de Lara, y el bueno de Tuñón —que con nosotros siempre fue un bendito— se sintió dolido, naturalmente, pero por poco tiempo. Le dijimos algo así como «Manolo, si te hemos mencionado a ti es precisamente porque estás por encima de toda crítica». Aceptó nuestra excusa, seguimos siendo amigos y luego nos vimos bastante con él hasta su muerte. Pero, excepto en este caso y en algún otro, aquel proceso fue conflictivo; alejarse de una ortodoxia no es fácil. Fue muy interesante, sin embargo, como evolución intelectual.

P. Respecto a *El Emperador del Paralelo*, algunas críticas señalaron en su día que en este libro te dejaste llevar por una ambición excesiva al tratar de combinar, de manera coherente, narración y análisis.

R. Sí, trataba de eso, entre otras cosas. Manolo y yo habíamos dicho en aquel artículo, citando a Lawrence Stone, que el historiador en definitiva es un narrador, que había que hacer un esfuerzo por narrar bien. Por otra parte, yo había hecho mis pinitos literarios de joven y me tentaba novelar un poco el libro, aunque sólo me dejé resbalar por esa pendiente en algunas páginas. La verdad es que Lerroux se prestaba a ello, era un personaje picaresco, del que me sorprendían muchas cosas, quizás por no haber tenido buena formación histórica previa. Al leer la prensa de las décadas de 1880 y 1890 me encontré, por ejemplo, con que Lerroux se había batido en duelo en varias ocasiones. Luego me enteré de que aquello era muy normal entre los periodistas. Era inevitable preguntarse acerca de quiénes recurrían al

duelo y por qué. Pero antes era preciso narrar un duelo, con detalle, teatralizándolo un poco. Fue divertido, lo pasé bien escribiendo ese libro. Pretendía combinar narración y análisis, pero no era obvio qué tipo de análisis. Primero, y a través de la sociología electoral, debía saber quién apoyaba a Lerroux, cuáles eran los medios en que se movía. Segundo, me atraía su retórica, aunque analizarla me llevó mucho trabajo, porque no fue nada fácil encontrar la metodología adecuada, saber de qué instrumentos se valía para ser tan elocuente ni explicar cómo era posible que una persona tan inculta hablara de forma tan eficaz, en qué se basaba su capacidad de seducción. Todo el mundo describía a Lerroux como un orador fogoso, pero, ¿qué quería decir «fogoso»? ¿por qué el orador político tenía que ser fogoso y el académico o científico no? Tercero, la cultura republicana: qué leían los republicanos, de qué se alimentaban intelectualmente, en qué se basaba su visión común del mundo. Cuarto, los medios de movilización. Yo enseñaba una asignatura de historia de los movimientos sociales y leía a los sociólogos de la movilización, que manejaban conceptos tales como redes, mecanismos o recursos movilizados. Había que aplicar aquello al caso de Lerroux, ejemplo de agitador de masas en la España contemporánea. Es decir, que se mezclaban diversas disciplinas, como la sociología o la lingüística —y, más aún, un aspecto de la lingüística muy poco desarrollado, la retórica, campo en que encontré muy poca literatura teórica; acabé recurriendo a Aristóteles—. Intenté combinar todo eso y, a la vez, no dejar de lado el aspecto narrativo. Un aspecto narrativo que predomina en los capítulos iniciales del libro, que tratan de la infancia y la juventud de Lerroux, aunque en cada uno hay una pequeña reflexión sobre los temas que acabo de señalar. El final del libro, en cambio, es mucho más analítico, aunque tampoco abandone del todo la narración. Es una evolución buscada.

P. *Has defendido muchas veces la necesidad de tender puentes entre la historiografía y las otras*

ciencias sociales, sobre todo para facilitar el uso de conceptos elaborados por las ciencias sociales por parte de los historiadores. Te pediría que reflexionaras sobre esa comunicación y también sobre su evolución a lo largo del tiempo.

R. No siendo historiador, como no lo era, me sorprendió que los historiadores o los analistas de la literatura —en mis estancias en los Estados Unidos me he movido bastante entre hispanistas— usaran con tanta alegría conceptos sociológicos y económicos. Que dijese, por ejemplo, que una novela de Blasco Ibáñez era muy diferente de otra en su contenido, en su orientación o por la moraleja que encerraba, porque entre una y otra había tenido lugar la crisis económica de los años 90. Yo no podía evitar pensar: «Pero usted, historiador de la literatura, ¿está seguro de que hubo una crisis económica?, ¿sabe usted lo que es una crisis económica?, ¿por qué no lee un poco de economía, de historia económica, antes de defender esa tesis?». O que determinado personaje expresaba los intereses de una clase social, y yo me preguntaba: «¿De verdad se ha puesto a pensar en ello?, ¿sabe usted qué es una clase social?, ¿son homogéneos los intereses de las clases sociales?, ¿cómo captó este personaje los intereses de la clase social?, ¿quién, en nombre de la clase social, delegó en él para expresarlos?». El problema del historiador es que tiene que hablar de todo: de repente le aparece una crisis económica y debe tener conocimientos de economía para describirla; o hace referencia a una Constitución y me parece elemental saber algo de Derecho Constitucional para escribir, aunque sean unas líneas, sobre ella. No debería analizar la psicología de un personaje, ni mucho menos atribuir a esta psicología el origen de su conducta futura y su influencia sobre los acontecimientos históricos, sin molestarse en leer, al menos, un buen diccionario de Psicología para ver si los términos que utiliza son los adecuados. En mi trabajo sobre Lerroux, que es donde más he combinado la historia con las ciencias sociales,

procuré documentarme algo sobre los cuatro o cinco campos que he mencionado antes, que no son pocos, y leí sobre liderazgo, caudillaje, movilización de masas, retórica, sociología electoral... Lo cual requiere mucho tiempo y limita los aspectos que uno puede cubrir. Pero me preocupaba la falta de seriedad de quienes se lanzan a ese tipo de afirmaciones, como la de quienes son marxistas y dicen que la clave de todo es la economía, y no se molestan en estudiar economía en serio. Claro que si se estudia economía en serio se corre el riesgo de dejar de ser marxista, que es quizás lo que se pretende evitar. Respecto a la evolución que ha tenido esta relación de los historiadores con las ciencias sociales, creo que ha sido muy positiva. En España las cosas han cambiado mucho y los historiadores jóvenes utilizan mucho mejor los conceptos. No quiero citar ejemplos, por no olvidar a nadie, pero tengo muchos en la cabeza.

P. Por último, Mater Dolorosa. Ya has contado cómo llegaste al tema del nacionalismo español, que estaba muy poco explorado por la historiografía. Tu trabajo ha representado un hito en las investigaciones sobre el asunto. ¿Cómo definirías este libro? ¿Una historia de las ideas, una historia de la alta cultura, una historia de las manifestaciones nacionalistas?

R. No es nada fácil. Creo que es un libro menos depurado que el anterior, menos pensado en términos de estrategia, quizás porque el campo que intenta abarcar es mayor. El de Lerroux es un libro por el que conservo una simpatía especial, creo que con él di el do de pecho. Con este otro intenté cubrir un campo demasiado grande, y de una manera instintiva y bastante tradicional me centré en las élites, en las expresiones de la cultura de élite en relación con la idea de España. No es, desde luego, historia de las ideas, porque no recorre de manera sistemática los distintos pensadores, pero sí es una historia de las expresiones de las élites en las que se va desarrollando la conciencia nacional a lo largo, sobre todo, del

siglo XIX. Ya desde finales del siglo XVIII, por supuesto, hay élites que tienen una conciencia que podría llamarse claramente nacional, como es el caso de Forner y de algunos otros. Pero es en el XIX cuando se produce el gran esfuerzo nacionalizador, el esfuerzo por convertir en nación una identidad que venía del Antiguo Régimen y que se basaba en la fidelidad al rey y en la adscripción a la religión católica, lo que significaba por encima de todo sumisión al dogma romano y participación en ritos colectivos, como sacramentos y procesiones. Los diputados de Cádiz hicieron esta conversión, de una manera poco menos que mágica, en un par de años. Pero si se observa lo que ocurrió más tarde se da uno cuenta de que aquello fue más aparente que real. El libro surgió en parte de mis reflexiones para entender el lerrouxismo y de mi deseo de entender las relaciones entre España y Cataluña. A lo largo de mi vida, yo he tenido bastantes relaciones personales con Cataluña, lo cual también explica algo de mi interés por el anarquismo y por Lerroux, pero sobre todo por el nacionalismo. Se dio además la circunstancia de que explicaba la historia de España a extranjeros, porque en esos años, en los noventa, yo estuve en los Estados Unidos, y no era tan fácil hacerlo, porque carecían de los datos básicos sobre España, incluso los extranjeros cultos, que se manejaban con algunas referencias genéricas. La mejor forma de explicársela era recurriendo a otros casos europeos, que es de lo que ellos sabían.

P. Quería preguntarte por eso también: ¿Te ayudó la estancia a lo largo de los años noventa en la cátedra Príncipe de Asturias de la Universidad de Tufts, a ver la historia de España de otra manera, y sobre todo a verla desde una perspectiva comparada?

R. Sí. Como digo, aunque no llegara a enfocar el trabajo exactamente desde una perspectiva comparada, sí tenía que hacer constantes referencias comparativas para poder explicar el proceso español y contestar a las preguntas que me hacían los más inteligentes de mis es-

tudiantes. Preguntaban, a veces, cosas obvias para ellos, pero que no se les hubieran ocurrido a estudiantes o especialistas españoles: por ejemplo, por qué en un país tan católico como España no ha habido un partido demócrata cristiano. En una reunión de historiadores españoles nadie lo hubiera preguntado porque se daría por supuesto que la realidad ha sido esa, que la Iglesia española no ha sido nunca liberal. Pero, ¿por qué no ha habido un catolicismo liberal en España? Para no explicarlo en términos de círculo vicioso, hay que pensar. Y quien dice eso dice otras muchas cosas, relacionadas con la manera de comportarse de los principales actores políticos en la historia de España, comparada con la de otros países. Cuando se habla de procesos de nacionalización siempre se está comparando. Se habla del fracaso de la nacionalización, lo cual presupone la existencia de un modelo que se considera «normal»; es una presunción que está ahí, aunque no se haga explícita. Y lo cierto es que no existe un molde o canon de la normalidad. Todos los procesos son excepcionales.

P. *Tu libro apareció en el contexto de un debate, entre historiadores sobre todo, acerca de la débil nacionalización de los españoles. ¿Qué has aportado a ese debate? ¿Te parece que en cierto modo está ya superado?*

R. Debería estar superado, porque débil y fuerte son términos relativos: sólo se es débil o fuerte en relación con otro. Según con quién lo comparemos, el nacionalismo español puede considerarse débil o fuerte. Si lo comparamos con el caso clásico de Francia, que entre el último tercio del siglo XIX y el primero del XX consigue homogeneizar desde el punto de vista cultural y lingüístico el país entero y crear una extendida conciencia de ciudadanía republicana, España está muy lejos de ese modelo. Fue una nacionalización «débil». Pero, en definitiva, también puede decirse que fue fuerte, incluso durante el XIX, porque de otro modo no se explicaría la profundidad de la crisis del 98. Si no se hubiera producido

una nacionalización, ¿cómo pudieron interiorizar esa derrota en términos tan dramáticos los que la vivieron —seguramente, no todos, sino sólo el estrato educado, aunque no sólo los madrileños, también las élites catalanas y vascas—? La debilidad y la fortaleza resultan, pues, relativas. Tengo la sensación de que mi libro suele ser catalogado entre los favorables a la tesis de la débil nacionalización, pero no estoy de acuerdo, no suscribo esa tesis sin matices. Una tesis que, además, tampoco está muy clara y ha evolucionado, incluso en la obra del autor que la lanzó, Borja de Riquer: este historiador catalán al principio sostenía que en España hubo un vacío nacionalizador y que el nacionalismo catalán y el vasco surgieron para llenar el hueco dejado por el español; ahora, en cambio, afirma más bien que hubo una mala nacionalización, mala en el sentido de perversa, por opresiva y falseada, y que los catalanistas reaccionaron contra esa perversión y la falsedad de las instituciones, que es bastante diferente a lo que decía antes. Así que la tesis tampoco está muy clara en sí misma y no es fácil situarse entre sus defensores.

P. *Ya para terminar con Mater Dolorosa, sin duda este libro trata un asunto que ocupa un lugar importante en el debate público actual en España. ¿Cómo crees que ha afectado esa actualidad a la recepción y al impacto del libro?*

R. Le ha beneficiado, desde el punto de vista de su difusión, pues se han publicado bastantes ediciones —alrededor de diez, no lo sé con exactitud—, pero también puede que haya hecho que no se comprenda muy bien. Que en la Navidad de 2001 —el libro había salido, creo, en octubre— tanto José Luis Rodríguez Zapatero como José María Aznar lo regalasen a las respectivas ejecutivas de sus partidos, quiere decir algo, pues o no lo acababan de entender o cada cual lo interpretaba de una manera. Aznar me invitó después a comer en la Moncloa para contarme, entre otras cosas, lo mucho que le había gustado el libro, pese a lo cual ahora dice por ahí que los musulmanes

tendrían que estar avergonzados de lo que hicieron a España y pagar por la invasión de comienzos del siglo VIII. No parece, pues, haber entendido ese libro que dijo haber leído con tanto interés, porque yo niego tajantemente esa continuidad del ente nacional.

P. *Cuando se te pregunta por la nación y el nacionalismo tratas de hacer una cierta pedagogía, ¿no?, de transmitir a la opinión pública conclusiones que ya están bastante asentadas en el mundo académico, en las investigaciones de los historiadores. ¿Crees que falla el cauce de comunicación entre la historiografía y la opinión?*

R. Si, creo que falla, que no lo hemos conseguido. Hace ya bastante tiempo que no sólo los historiadores sino los científicos sociales en general, han llegado a una conclusión principal en este tema –un tema estrella en las ciencias sociales en los últimos años–: que las naciones no son fenómenos naturales ni eternos, sino contruidos históricamente, producto de circunstancias coyunturales, principalmente políticas, y movidas por los intereses de élites decididas a crear espacios de poder propio. Pero eso el ciudadano medio no parece haberlo comprendido todavía y sigue pensando que las naciones «son», de manera natural, de ésta o aquella forma, que él como individuo pertenece a tal o cual cultura, que posee además unos rasgos inherentes a su grupo, que son poco menos que eternos; es lo que los nacionalistas creen y siguen haciendo creer a los demás. No puedo evitar hacer pedagogía sobre esto, aunque sólo sea porque sigue siendo el principal problema político que tenemos hoy en España. En España hemos hecho una transición de la dictadura a la democracia con bastante éxito, hemos llevado a cabo un despegue económico espectacular, se ha modernizado la sociedad en muchos aspectos y, sin embargo, seguimos sin ponernos de acuerdo sobre cuál es el sujeto último de la soberanía. Seguimos debatiendo sobre la nación y sus cualidades, en qué consiste la nación y cuántas naciones hay. Me parece que hay que hacer pedagogía, sí.

P. *Esta entrevista la leerán seguramente historiadores, y yo quería preguntarte, para acabar: ¿Cómo ves la historiografía en la actualidad, sobre todo la española?*

R. Partió de un estadio bastante atrasado. Quizás en tiempos de Menéndez Pidal y del Centro de Estudios Históricos había unos cuantos historiadores españoles que podían compararse con algunos europeos del momento, pero cayó desde luego en la pésima historiografía oficial del franquismo. A ella se opuso la historia social, entendida como historia militante –militantemente obrerista– de mi generación, que acabó ganando la batalla y ocupando las cátedras, pero que no ha hecho productos de primera calidad y no ha participado en los grandes debates historiográficos, ni siquiera en los de la izquierda mundial. Los jóvenes actuales puede que estén un poco perdidos, pero al menos salen al extranjero, leen lo que se está haciendo fuera, diversifican sus intereses, hay algunos que incluso trabajan sobre temas no españoles. Me parece un excelente camino y una demostración de potencia cultural que se empiece a trabajar sobre temas no españoles. Es decir, que dentro del panorama tan difícil en el que todavía nos movemos, hay rasgos esperanzadores. Lo principal que debe hacerse es conectar el mundo académico español con el internacional, pues seguimos siendo una burbuja muy aislada y muy centrada en temas exclusivamente españoles. Incluso en este campo, las grandes interpretaciones se dejan con frecuencia a hispanistas extranjeros. Hay que hacer un esfuerzo por trabajar sobre temas no españoles, por atreverse a ofrecer grandes interpretaciones sintéticas sobre la historia española y por presentar nuestros productos en el mercado internacional, publicando en inglés, en las grandes revistas del mundo.

P. *Muy bien, pues nada más. Muchas gracias.*

R. Gracias a ti.

Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 16 de julio de 2007